

CAMINO

REVISTA PENSAMIENTO BÍBLICO & CULTURAL

REVISTA No. 7 | ISSN: 1794-8681 | ISSN En Línea: 2619-4414



**Resucitar: un proceso de humanización.
Reflexiones desde la recta final
de la existencia terrenal.**
Gonzalo de la Torre, CMF

**De la negación de la vida a la resistencia y la
esperanza: desafíos actuales
para hacer presencia transformadora
en el mundo de los pobres.**
Aníbal Cañaverall Orozco

**Interculturalidad
con enfoque bíblico-teológico.**
José Agustín Monroy Palacio, CMF

La importancia de la educación religiosa
Juan Sebastián Ocampo

**Desafíos pedagógicos y didácticos
en la enseñanza de la Biblia.**
Jhon Fredy Mayor Tamayo

**Una migración necesaria... del dios
del concepto al dios del acontecimiento y
de la experiencia.**
Diego Fernando Bedoya Bonilla, Pbro

**Feliz entre las necias.
Parábola de las diez vírgenes Mt 25,1-13**
Luz Mery Bermeo de los Ríos

**La configuración del monoteísmo
en el pueblo de Israel .**
Óscar Hernando Castro Palomares

**Ministerialidad, sinodalidad y amazonía:
Horizonte bíblico-teológico y "sentido de los
fieles" un desafío eclesial de Francisco.**
Fredys Díazgranados, CMF

CAMINO

Revista Camino

Publicación semestral, Fundación Universitaria Claretiana
Facultad de Humanidades y Ciencias Religiosas
Programa de Teología y Especialización en Estudios Bíblicos
www.uniclaretiana.edu.co
REVISTA No. 7 / ISSN: 1794-8681 / ISSN EN LÍNEA: 2619-4414

Comité Académico

Amílcar Ulloa / Elizabeth Gareca
Fernando Torres Millán / Germán Ortiz Díaz / Gloria Inés Gamboa
Juan Bautista Flórez / Luz Amparo Llerena / Luz Mery Herrera
Mary Betty Rodríguez / Omar Velásquez / Adriana Mora Botina
Raúl Céspedes / Sandra Liliana Caicedo

Coordinación Editorial

Regente: Luis Armando Valencia Valencia, CMF/ **Rector:** José Óscar Córdoba Lizcano, CMF
Coordinación Revista Camino: Padre José Agustín Monroy Palacio, CMF
Editorial: Efraín Arturo Ferrer de la Torre

Enfoque de la revista

La revista Camino es una publicación semestral para la divulgación del pensamiento social y claretiano, desde los frentes pastorales de la Congregación y el ámbito universitario, en diálogo con el quehacer bíblico, teológico, pastoral y cultural. Adscrita al Programa de Teología y Estudios Bíblicos, en la Facultad de Humanidades y Ciencias Religiosas, tiene como objetivo difundir las experiencias y reflexiones de diversos contextos sociales y eclesiales para fortalecer académicamente los procesos comunitarios como respuesta a las demandas de transformación personal, social y humana.

Editorial Uniclaretiana

Uniclaretiana, Sede Central
Calle 20 No. 5-66, Barrio La Yesquita,
Quibdó, Chocó
Teléfono (57+4) 672 60 33

Uniclaretiana, CAT-Medellín
Carrera 55A no. 61-06, Barrio El Chagualo
Teléfono (57+4) 604 57 80

editorial@uniclaretiana.edu.co
revistacaminocmf@uniclaretiana.edu.co



Los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores y no comprometen a la Uniclaretiana. Estos pueden ser reproducidos total o parcialmente citando la fuente.



CAMINO

REVISTA

PENSAMIENTO BÍBLICO & CULTURAL

AUTORES

Gonzalo de la Torre, CMF
Aníbal Cañaverl Orozco
José Agustín Monroy Palacio, CMF
Juan Sebastián Ocampo
Jhon Fredy Mayor Tamayo
Diego Fernando Bedoya Bonilla, Pbro
Luz Mery Bermeo de los Ríos
Óscar Hernando Castro Palomares
Fredys Diazgranados, CMF

Contenido

Presentación

José Agustín Monroy, CMF

7

Resucitar: un proceso de humanización. Reflexiones desde la recta final de la existencia terrenal.

Gonzalo de la Torre, CMF

15

De la negación de la vida a la resistencia y la esperanza: desafíos actuales para hacer presencia transformadora en el mundo de los pobres.

Aníbal Cañaveral Orozco

23

Interculturalidad con enfoque bíblico-teológico.

José Agustín Monroy Palacio, CMF

29

La importancia de la educación religiosa.

Juan Sebastián Ocampo

39

Desafíos pedagógicos y didácticos en la enseñanza de la Biblia.

Jhon Fredy Mayor Tamayo

52

Una migración necesaria... del dios del concepto al dios del acontecimiento y de la experiencia. Resonancias a la lectura de la encíclica Fides et Ratio de Juan Pablo II (1998).

Diego Fernando Bedoya Bonilla, Pbro

62

Feliz entre las necias. Parábola de las diez vírgenes Mt 25, 1-13. Un acercamiento a esta parábola, desde el método de la matriz social triádica.

Luz Mery Bermeo de los Ríos

67

La configuración del monoteísmo en el pueblo de Israel. Los problemas del monoteísmo y la pluralidad religiosa.

Óscar Hernando Castro Palomares

67

Ministerialidad, sinodalidad y amazonía. Horizonte bíblico-teológico y “sentido de los fieles” un desafío eclesial de Francisco

Fredys Diazgranados, CMF





Resucitar: un proceso de humanización. Reflexiones desde la recta final de la existencia terrenal.

Resurrecting: a process of humanization. Reflections from the final stage of earthly existence

Gonzalo de la Torre, CMF¹

Resumen

Este artículo, más que dar pruebas sobre la resurrección, hace sugerencias sobre ella, recorriendo un itinerario de existencia que, por lógica interna, aviva la idea de una vida después de la muerte, hasta llegar a este concepto que nos hace ver en Jesús el modelo de nuestra propia resurrección. En este sentido, se tiene en cuenta el deseo innato de inmortalidad de todas las culturas, la realidad histórica de sufrimiento que clama por la vida, la experiencia de humanización que todos vivimos incluso desde nuestra propia corporalidad, y que nos pide llegar a algún tipo de plenitud de vida, la trascendencia de los procesos de liberación que inauguramos aquí en la tierra, el rol de la conciencia y el lenguaje mítico a través del cual se expresa en los evangelios la resurrección de Jesús. Con todos estos elementos se trata de construir una meditación sobre sobre la misma.

Palabras claves: Resurrección, vida, humanización, relatos de resurrección.

Abstract

This article, rather than giving evidence about the resurrection, makes suggestions about it, following an itinerary of life that, by internal logic, revives the idea of a life after death, until reaching the concept of resurrection that makes us see the resurrection of Jesus as a model of our own resurrection. In this sense, it takes into account the innate desire for immortality of all cultures, the historical reality of suffering that cries out for life, the process of humanization that we all live through and that asks us to reach some kind of fullness of life, the transcendence of the liberation processes that we inaugurate here on earth, the role of our own corporality in the processes of human-

¹ Gonzalo de la Torre Guerrero es Misionero Claretiano, fundador y primer rector de la Fundación Universitaria Claretiana, Uniclaletiana. Especialista en Estudios Bíblicos del Pontificio Instituto Bíblico de Roma y del Instituto Bíblico Franciscano de Jerusalén. Doctor Honoris Causa en Educación por la Universidad Católica de Manizales. Fue profesor en España e Inglaterra y Provincial de los Misioneros Claretianos en Colombia. Dedicó toda su vida a la misión claretiana en el Chocó. Fue traductor de una edición del Nuevo Testamento del griego al castellano, escritor de varios artículos en revistas y libros sobre estudios del Nuevo Testamento.

Gonzalo de la Torre Guerrero is a Claretian Missionary, founder and first rector of the Claretian University Foundation - Uniclaletiana. He has a specialization in Biblical Studies at the Pontifical Biblical Institute of Rome and the Franciscan Biblical Institute of Jerusalem. Honorary PHD in Education of the Catholic University of Manizales. He was a professor in Spain and England and Provincial of the Claretian Missionaries in Colombia. He dedicated his whole life to the Claretian mission in Chocó. He was a translator of an edition of the New Testament from Greek to Spanish, a writer of several articles in magazines and books on New Testament studies.

Resucitar: un proceso de humanización. Reflexiones desde la recta final de la existencia terrenal

ization, the role of conscience and the mythical language through which the resurrection of Jesus is expressed in the Gospels. With all these elements, it is a question of building a meditation on the resurrection.

Key words: Resurrection, life, humanization, resurrection stories.

Querer y sentir ser inmortales

“(Tú, mi Dios,) no me abandonarás al Sheol, / no dejarás a tu amigo ver la fosa” (Sal 16,10). Esta puede ser la plegaria de cualquier mortal a su Dios, cuando las circunstancias de la vida lo enfrentan a la muerte. Más de una vez habremos hecho esta breve oración. Sencillamente, no queremos morir. El problema central del ser humano, colocado frente al hecho irreversible de la muerte, es su sobrevivencia. Tememos morir porque creemos que ahí termina todo. Y, habiendo degustado la existencia, no queremos soltar tanto amor construido, tantas luchas realizadas, tanto empeño puesto para ser felices y hacer también dichosos a aquellos con quienes hemos compartido. O también, anhelamos alcanzar metas soñadas, vivir amores imaginados, realizar utopías o propuestas proyectadas y para eso necesitamos seguir viviendo un poco más.

Como punto de partida, para ningún ser normal la muerte es una realidad por sí misma aceptable. Llegar a provocarla lo hemos considerado siempre un momento de grave enfermedad psicológica, y llegar a aceptarla o a hermanarse con ella es fruto de un largo proceso de madurez humana. El ser humano reflexiona sobre su existencia y no acepta tener que desaparecer para siempre. Lo que en definitiva le importa es “sobrevivir”, es decir, prolongar su vida, sea del modo que sea. Es lo que normalmente llamamos *tener deseos de inmortalidad*. No nos resignamos a desaparecer de la historia.

Todas las religiones del mundo tratan de dar respuesta, a su modo, a este problema:

- Unas piensan en cómo prolongar esta vida (el mito de la *planta de la vida* del poema mesopotámico de Gilgamesh).
- Otras en cómo continuar viviendo después de la muerte (la unión con la divinidad y los rituales de embalsamamiento del *Libro de los Muertos* de Egipto).
- O, como el budismo, en ese estado de absorción y de identificación con la divinidad, que suspende todo sufrimiento y toda ignorancia, para abrirse a la máxima lucidez, placidez y unión mística.
- Como las diversas concepciones de migraciones del alma, o de *metempsicosis*, o de reencarnaciones.

- Como Israel antes del destierro, en esa especie de sueño prolongado en un subterráneo llamado *sheol*.
- En una especie de resurrección de los cadáveres que retoman vida (Israel después del destierro).
- Como el cristianismo, en una semejanza de lo que fue la resurrección de Jesús, lo cual sucedería al final de la historia, según la tradición cristiana de la Edad Media. De ahí el gran cuidado que se debía tener con los cadáveres en el cristianismo.

Ningún ser humano es ajeno al tema de la resurrección. Todas las culturas nos hablan de la vida que supera la muerte y nos proponen algún tipo concreto de supervivencia. Resucitar es sobrevivir, es seguir teniendo la posibilidad de relacionarnos con los demás, de hacer que los amores vividos permanezcan, crezcan y se fortalezcan. Creemos que la muerte afecta a nuestra corporalidad, pero no a nuestro espíritu: somos capaces de convertir la presencia de un cadáver en motivo de esperanza. Nos indigna el hecho de pensar irrealizable lo que en algún momento nos ilusionó como posible; esto hace que la idea de resurrección deje de ser esperanza y se convierta en tortura. Desengañarnos de la vida nos conduce a vivir cercanos a algún tipo de suicidio. Por eso, aceptar o negar la resurrección es un desafío a la esperanza. Aceptarla ciegamente nos conduce a ese modelo de fe que hoy brilla y mañana se desvanece. Aceptarla con argumentos nos lleva a hacer de ella algo más que una fantasía, a pensarla como la coronación de un proceso que, al irnos haciendo cada vez más personas, termina haciéndonos divinos. Trataremos de seguir las huellas de humanidad que la vida va dejando, hasta encontrarnos con la necesidad de la resurrección, como condición para llegar a ser plenamente humanos, o plenamente divinos, que es lo mismo.

La resurrección como respuesta al sufrimiento

En el Antiguo Testamento, Israel -como muchos otros pueblos o culturas- pensó primero en la inmortalidad antes de acercarse propiamente a la resurrección. La resurrección corporal es una de las formas posibles de ser inmortal, pero en la historia de las culturas no siempre ha sido la más obvia. En Israel la idea de la resurrección se aviva a partir del destierro, frente a la masacre causada por el aniquilamiento del Reino de Judá, la destrucción de Jerusalén y del templo y las innumerables víctimas de las que hace memoria el libro de las Lamentaciones: “Lanzó un ejército a atacarme, para acabar con mis hombres más valientes” (1,15); “Entre ruinas han quedado mis hijos, porque pudo más el enemigo que nosotros” (1,16); “Mis sacerdotes y mis

ancianos murieron en la ciudad” (1,19); “Allá afuera la espada mata a mis hijos, y aquí adentro también hay muerte” (1,20); “Hasta los niños de pecho mueren de hambre por las calles... exhalando el último suspiro en brazos de sus madres” (2,11-12); “Tendidos por las calles se ven jóvenes y ancianos; mis jóvenes y jovencitas cayeron a filo de espada” (2,21); “A los que yo crie y eduqué, el enemigo los mató” (2,22); “Mejor les fue a los que murieron en batalla que a los que murieron de hambre, porque estos murieron lentamente” (4,9); “Nuestro fin está cerca, nos ha llegado la hora. ¡Ha llegado nuestro fin! (4,18).

De la realidad de muerte y de dolor va a nacer la esperanza de revivir. Mientras el pueblo aún tenga vida, se esperará la salud. Y cuando ya muera, sin posibilidad de retorno, nacerá por fin la idea de la resurrección. Profeta y sabios van a emprender este camino de sabiduría partiendo de la salud: “Dentro de dos días nos dará la vida, al tercer día nos hará surgir y viviremos en su presencia” (Os 6,2); “Yo sé que mi defensor vive y que él será mi abogado aquí en la tierra. Y aunque la piel se me caiga a pedazos, yo, en persona, veré a Dios. Con mis propios ojos he de verlo, yo mismo y no un extraño” (Jb 19,25-27).

La muerte de aquellos que mueren martirizados por su fe será el detonante final: “Tú, criminal, nos privas de la vida presente, pero el Rey del mundo, a nosotros que morimos por sus leyes, nos resucitará a una vida eterna” (2M 7,9.14). En plena persecución de Antíoco Epifanes (167-164 aeC) el autor del libro de Daniel dirá: “Muchos de los que descansan en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para vergüenza y horror eternos” (Dn 12,2).

La vida humana parte de una animalidad heredada

La Biblia habla de que somos una realidad sexuada, parecida a los animales por tener una materia común, la tierra (v. Gn 2,7.19), pero diferente a ellos por poseer la misma vida de Dios (Gn 1,24-27). Hemos sido colocados en un mundo fundamentalmente bueno y, de hecho, participamos de su bondad (v. Gn 1,4.10.12.18.21.25.31), aunque podemos elegir hacer el mal de acuerdo a nuestros intereses (Gn 3), y entonces asesinamos, explotamos, excluimos y empobrecemos a los demás (Caín y sus hijos en Gn 4).

La ciencia, por su parte, nos dice que el ser humano, al ser fruto de la evolución, tiene no solo tendencias animales (los instintos, cuyo reino son los cerebros *reptílico* y *límbico*), sino también tendencias humanas (la razón, la libertad, la conciencia, cuyo reino es nuestro tercer cerebro, llamado *neocórtex*). En conclusión: nuestra conciencia se construye sobre una base animal. Y es precisamente la conciencia, colocada frente a la realidad de la muerte, la que nos lleva a percibirnos inmortales y a concretar dicha

inmortalidad en una resurrección que nos permita seguir siendo humanos después de la muerte, en una dimensión superior a la de nuestro cuerpo mortal. Intuir una resurrección no realizable sería poseer un diseño humano defectuoso, lo cual sería un fracaso tanto para el ser humano como para su diseñador, que es Dios. La idea de fracaso desaparece cuando entendemos que lo evolutivo funciona teniendo la paciencia histórica como base. Es decir, hay que seguir las huellas de la humanización para palpar cómo ellas nos llevan a la necesidad de la resurrección.

Estamos llamados a construir lo humano sin destruir lo instintivo

El don de la inmortalidad (y por ende de la resurrección) no es para unos pocos, sino un don universal que pertenece a la esencia del ser humano, construido en forma evolutiva, con la capacidad de transformar materia en espíritu (partículas en hondas, nos diría la ciencia cuántica). Ciencia y teología coinciden en concebir al ser humano como un ser en permanente proceso de crecimiento. Esta transformación comenzó con la evolución cósmica hace unos 15000 millones de años, prosiguió con la evolución biológica hace unos 3800 millones de años, continuó con la evolución de los primates hace unos 60 millones de años y se reorientó hacia la aparición de los homínidos hace unos 7 millones de años.

El proceso de crecimiento humano no puede terminar con la muerte, pues se trata de una energía inteligente y este tipo de seres continúan siempre evolucionando, transformándose. Nuestra experiencia humana nos lo dice: durante nuestra vida producimos y acumulamos energías que superan nuestros procesos biológicos. Creamos amor, justicia, verdad, fidelidad, solidaridad, igualdad, fraternidad... Estas energías, parte de nuestro proceso humano, están destinadas a crecer con nosotros después de nuestra muerte. El más allá y la resurrección que lo concreta son la forma de responder a nuestra misión de humanizarnos.

La liberación es camino de resurrección

Los humanos podemos portarnos peor que los animales cuando permitimos que los intereses de nuestros instintos se constituyan en nuestra guía ética, sumergiéndonos en un modelo de sociedad acaparador, avasallador, en el que la vida no tiene mayor significado y es un objeto más de negociación o comercialización, por ser un elemento cotizable en dinero. Ser tratado como cosa indigna, negociable, lo había experimentado varias veces el pueblo israelita siempre que entró en el juego de los

intereses imperialistas de su tiempo, con culpa o sin culpa. En este caso, su conciencia se despertaba y renacía en su interior el deseo de obtener de parte de Dios el reconocimiento de su dignidad que los imperios le negaban. Sus vidas entonces se extinguían sin ningún proceso de liberación, cosa ausente, siempre que la violencia impera. Y surgía la afirmación que posiblemente todos los oprimidos se hacen a sí mismos frente a su opresor que también les enseñan a hacer a sus hijos: "Tú, criminal, nos privas de la vida presente, pero el Rey del mundo nos resucitará a una vida eterna, a nosotros que morimos por sus leyes" (2M 7,9.14).

Muchas personas y colectivos humanos no siempre llegan a la idea de resurrección por simple deducción o reflexión teológica acerca de Dios o del ser humano sino gracias también a las contradicciones de la historia. La manifiesta animalidad de los opresores puede despertar en las víctimas un deseo de reivindicar su dignidad y su derecho a la vida truncado por la injusticia del opresor. Siempre que se reflexiona sobre la historia y las víctimas que aparecen en ella, la necesidad de una liberación se hace imperativa. Y la resurrección puede ser también considerada como una respuesta al callejón sin salida en que se encuentran los débiles en la historia. Los que se liberan de la opresión en nuestra historia son pocos, muy pocos, en comparación con las innumerables víctimas que mueren sin experimentar algún proceso de liberación que los humanice.

Daríamos un gran paso en el concepto de resurrección el día en que nos convenzamos de que todo proceso de liberación en la historia es el comienzo de un camino de resurrección que se culminará con nuestra muerte. La liberación es camino de resurrección siempre y cuando ella nos saque de la animalidad y nos haga degustar el valor de la humanización. Cuando palpamos procesos liberadores de esta naturaleza, la resurrección se nos presenta como la etapa final de un proyecto en el que experimentamos nuestra capacidad máxima y definitiva de liberación, es decir, de humanización. La resurrección se presentará entonces como el acto definitivo de liberación y humanización que realiza el Padre Celestial en nuestro propio ser.

El único problema pastoral de este modo de concebir la resurrección es que no abusemos de él, haciendo que el pueblo renuncie a sus procesos de liberación y se vuelva pasivo en esta vida, al poner la esperanza de la resurrección en la otra vida. Hacer esto, significaría que utilizamos la idea de resurrección para matar los procesos de liberación. Jesús nos hizo un llamado serio en este sentido: no resucitaremos para la vida, si no hemos creado procesos de vida en nuestra propia historia (Mt 25,41ss). No debemos apagar los procesos de liberación que el pueblo realiza, supliéndolos con una promesa de resurrección, que resultaría falsa, si suspendemos los procesos de liberación que tenemos pendientes en nuestra propia historia.

¿Qué hacer con nuestra corporalidad?

El cuerpo es parte esencial del proceso humano: es mediación de relación y de humanización. Esto lo logramos cuando, sin destruir nuestros instintos, construimos procesos humanizadores. Para nuestra humanización contamos con tres cerebros, en un proceso en el que lo instintivo puede ser transformado en energías superiores de amor y de justicia, llevando siempre la impronta de cada sujeto: su masculinidad o su femineidad. De esta manera, las cualidades de nuestro cuerpo mortal son asumidas por la energía que él mismo va produciendo. Es la primera forma de comenzar a ser inmortal, pues estas energías nunca mueren. Hay quienes enseñan que las energías que creamos quedan acumuladas o en nuestra conciencia, o en nuestra alma, o en nuestro espíritu, o en el cuerpo astral que nos envuelve (¿nombres distintos para una misma realidad?). Dichas energías creadas por nosotros mismos, en compañía del Dios que nos inhabita, serían las encargadas de tomar la guía de nuestro ser, después de la muerte. Resucitar sería organizar todas estas energías en forma de un nuevo cuerpo y así seguir relacionándose en una nueva dimensión. San Pablo lo concreta así: lo que primero aparece es lo animal, luego lo espiritual... Y a esto Dios le da el cuerpo apropiado... (cf. 1Cor 15,46.38). Nada de lo vivido en el primer cuerpo se pierde, todo estará orientado a proseguir el proceso de humanización ya inaugurado.

Uno de los frutos de nuestra humanización es construir memoria, parte de la cual nos la llevamos y parte se queda en aquellos con los que hemos convivido. Esta es la conexión que nos seguirá uniendo a este mundo. Nuestra limitación humana suele convertir dicha memoria en liberación o en un prolongado llanto de soledad.

Llegamos a la resurrección a través de un largo proceso de cambios, en el que cabe la posibilidad del sufrimiento. Ser consciente de su significado nos facilita llegar a una mayor justicia hasta disfrutar de ese Mayor y definitivo amor que es Dios. La torturadora idea del purgatorio se humaniza frente a esta realidad. Si comprendemos a fondo nuestro proceso de resurrección, estamos resucitando y purificándonos desde niños, entre procesos placenteros y cambios dolorosos. De hecho, cada paso que damos en nuestro proceso de humanización, es un punto de animalidad que se supera, lo cual implica algún tipo de cambio, de purificación, de purgatorio.

No es fácil entender ni hablar de la resurrección

La fe en la resurrección, concretada a finales del Antiguo Testamento, se abrió camino con dificultad, tanto que, en el tiempo de Jesús, los saduceos, dirigentes religiosos del

pueblo y que desempeñaban nada menos que el cargo de Sumos Sacerdotes, no creían en ella (Mc 12,18).

Los seguidores de Jesús, en cambio, afianzan la fe en su resurrección: “Si Cristo no resucitó, la fe de ustedes es vana, están todavía en sus pecados”, les decía Pablo a los cristianos de Corinto (1Cor 15,17). ¿Por qué los cristianos se aferraron tanto a la resurrección de Jesús? Porque era la única capaz de dar razón de la divinidad del Maestro. En este sentido, la resurrección no es solo un privilegio de una persona, sino la demostración del poder y de la voluntad de Dios Padre y de su Espíritu, cuya fuerza es la que resucita a Jesús. De esta forma, la fe en la resurrección de Jesús fortalece la fe en la Trinidad.

Es cierto que la mejor prueba de la resurrección de Jesús la tenían los cristianos en su propia vida: Él, el Maestro, estaba vivo, porque así lo sentían en su interior. Todas y todos experimentaban la presencia de Jesús en sus conciencias, palpaban que su interior había cambiado y que su vida ya no era la misma. Es decir, cada uno podía jurar que Jesús estaba resucitado en el interior de sus personas, que se sentían más comunitarias, más cercanas a los excluidos, más dispuestas a entregar la propia vida por la causa de la justicia: es decir, ya no eran los mismos o las mismas que eran antes de la muerte del Maestro.

Esta presencia del Resucitado no la palpaban solo individualmente, sino también *comunitariamente*. Los principales relatos de la resurrección de Jesús tienen por objetivo reforzar los lazos comunitarios, conformar el grupo o la *ekklesia* que, a partir de ellos se prolongaría en la historia para animar la comunión entre todos los seres humanos basados en la justicia que se expresa en solidaridad, igualdad y hermandad. Por eso la mejor forma de probar que Jesús estaba vivo, resucitado, era la práctica de la justicia en su nombre. No hay argumento filosófico o teológico que convenza totalmente acerca de este misterio. Todos resultan insuficientes porque la resurrección de Jesús pertenece a la eternidad de Dios, esa realidad que existe más allá de nuestros sentidos, de nuestra actual corporalidad, del tiempo y el espacio que nos definen y determinan nuestro modo de ser, de pensar y de obrar. Los humanos solo podemos argumentar desde nuestro limitado tiempo y espacio.

El lenguaje mítico es el único que explica lo inexplicable

Si el ser humano tiene dificultad en comprender su propia realidad humana (su semejanza y diferencia con los animales, su masculinidad y su feminidad, su paternidad y su maternidad, sus luces y sus sombras, por citar solo unos ejemplos), ¿qué no será cuando trata de comprender

esas realidades que están más allá de su tiempo y de su espacio, realidades que él no domina?

En torno al hecho de la muerte y al deseo de no morir para siempre, el único lenguaje que tenemos disponible son los *relatos míticos*. Por eso todas las culturas y todas las religiones construyen mitos para poder responder no solo a la angustia mayor del ser humano, *la muerte*, sino a lo que está detrás de ella. Por lo tanto, lo importante es preguntarnos *qué hay detrás* de dichos mitos, pues la realidad es que todas las culturas y religiones han construido dichos relatos o por intuición o por testimonios de los que estando vivos dicen haber tenido alguna experiencia del más allá, llámense fantasías, sueños, visiones, apariciones, todo lo que pertenece principalmente al reino del inconsciente. En todo relato mítico de aparición tenemos un testimonio personal o colectivo en el que el inconsciente juega un papel preponderante. Ninguna narración de resurrección ha sido escrita directamente por alguien que haya resucitado. Lo mismo ocurre con el cristianismo. Los textos de los evangelios nos dejan solo *rastros* de lo que pudo haber sido la resurrección de Jesús: la tumba vacía, la sábana y el sudario, unos ángeles que hablan, el testimonio de unas mujeres y varias apariciones a diferentes clases de discípulos. Una cosa es el hecho de la resurrección vivido por el propio Jesús y otra las apariciones que del resucitado tuvieron las discípulas y discípulos. Estas apariciones hubieran sido juzgadas irrelevantes si la práctica cristiana de la justicia no las hubiera avalado.

El evangelista Marcos nos pone una secuencia interesante al tratar las apariciones de Jesús. No describe ninguna de las apariciones, solo dice que *se apareció*. ¿Por qué esta carencia de interés en describir las apariciones? ¿Por lo subjetivo de las mismas?

- **Se aparece a María Magdalena y no le creen: estaban tristes y llorosos (Mc 16,9-11).**
- **Se aparece a dos discípulos *bajo otra figura* cuando iban camino de una aldea y tampoco les creen (Mc 16,12-13)**
- **Se les aparece a los once discípulos y Jesús les recrimina su incredulidad y su *dureza de corazón* (Mc 16,14).**

El corazón (la conciencia) se endurece cuando uno se niega a comprender al otro, porque no hay empatía ni en objetivos, ni en sentimientos, ni en proyecto. Es la imposibilidad de entrar en la conciencia del otro. Es decir, nadie podrá creer en la resurrección de Jesús si no tiene empatía con su conciencia (su proyecto, sus objetivos, sus sentimientos). Quien entre en esta dinámica no necesita pruebas externas de su resurrección.

Sin embargo, discípulas y discípulos, después de muchas dudas, terminaron *convencidos de la resurrección*

de Jesús, aunque no supieran el modo concreto como el Padre Celestial lo había resucitado. Sin duda alguna que cada uno tenía su propia experiencia del Resucitado (su propia aparición) ya que Jesús estaba en su conciencia, o en su inconsciente, bajo la memoria de su imagen, de sus palabras, de sus sentimientos, de sus acciones, de su amor, de su práctica personal de la justicia. Esto ya no se borraría nunca y estaría presto a manifestarse bajo cualquiera de las múltiples formas de que disponen nuestros esquemas simbólicos, nuestra memoria y nuestro inconsciente para manifestarse. ¿Quién de nosotros le niega validez a sus propias experiencias cuando éstas confirman la práctica de la justicia?

El hombre moderno no acepta propuestas religiosas que toquen lo que Rudolf Bultmann llamaba *la homogeneidad de la historia*. Es decir, Dios, si es un ser imparcial, no puede darles ventajas o privilegios a unos y quitárselos a otros. Y cuando las visiones y apariciones que favorecen a unas personas las ponemos como provenientes de la sola iniciativa de Dios, esta homogeneidad se pierde y Dios se convierte en un ser parcial. Por eso, todo relato de aparición -que en el fondo es un relato mítico- debe ser tratado como tal y debe ser sometido a un proceso de *desmitologización*. En el caso de las apariciones del Resucitado, este proceso se da cuando las leemos desde los complicados procesos de la conciencia de quien las vive o de quien las narra. En este caso, no es Dios quien desequilibra la historia, sino el ser humano que la hace avanzar basado en sus propias experiencias frente a lo divino.

En este caso, decir que los relatos evangélicos sobre las apariciones del Resucitado pertenecen al género mítico, no es quitarles verdad o historicidad, sino darles su debida profundidad. Porque un mito no es algo mentiroso e irreal, sino uno de los mejores logros humanos para poder explicar lo inexplicable, poder decir lo indecible, poder revelar lo que de otra forma permanecería oculto. Las experiencias humanas siguen siendo mediaciones valederas para penetrar en el mundo de lo divino. No tenemos otro camino. Ni es justo darle a Dios la paternidad de algo que hacemos con Él y de acuerdo a Él, porque Él nos inhabita, pero que es, en definitiva, algo plenamente humano.

Cuando las cosas pueden ser explicadas desde nuestra vertiente humana que siempre trabaja con el Espíritu de Dios que la inhabita, no hay necesidad de recurrir a la Divinidad. Estaríamos fabricando milagros sin necesidad, es decir, estaríamos falseando la realidad. Explicar las cosas desde lo humano es también explicarlas desde Dios, pues este Padre, este Hermano y esta Energía que nos inhabitan trabajan con nosotros cuando escogemos el camino de la verdad y de la justicia.

Cómo podemos intuir la resurrección de Jesús y nuestra propia resurrección

Qué decir de los relatos de aparición de Jesús resucitado.

Los relatos de la resurrección y de las apariciones de Jesús resucitado suelen tener muchas objeciones. Se llama la atención sobre el hecho de que los evangelios se escriben muchos años después de su muerte. ¿Estamos frente a relatos de verdaderas apariciones o frente a constataciones de fe que se quieren apoyar en la memoria del Maestro? Además, el hecho de ser perseguidos avivó en los cristianos y en las generaciones posteriores el deseo de recuperar por la resurrección el cuerpo injustamente asesinado. Así mismo, probar la resurrección desde el sepulcro vacío, desde los lienzos plegados o desde la ausencia del cadáver, termina probando nada.

Las apariciones no son prueba definitiva de la resurrección. Por algo el evangelio original de Marcos, como lo señalábamos anteriormente, no las incorpora. Y cuando posteriormente las insinúa, lo hace para recriminar en los discípulos su falta de fe. No debemos afianzar la fe en la resurrección de Jesús en relatos de apariciones. La ciencia nos demuestra la posibilidad de que en ellas se proyecte el inconsciente de los interesados para dar salida a sus memorias y esperanzas, a sus amores y desamores, a todo aquello a lo que no se le encuentra justificación o explicación. Por eso debemos distinguir: una cosa es el hecho de la resurrección vivido por el propio Jesús y otra las apariciones que del resucitado tuvieron sus seguidores. Estas apariciones hubieran sido irrelevantes si la práctica cristiana de la justicia no las hubiera avalado. Sin el aval de la práctica de la justicia, el cristianismo no hubiera logrado adeptos, así tuviera unos relatos de resurrección muy bien contruidos. La verdadera fuerza de la resurrección de Jesús está en su práctica de la justicia. Es ésta la que hace creíble la resurrección.

La energía que se construye en vida, con la práctica de la justicia, no se puede perder después de la muerte.

Pero, ¿cómo ligar la práctica de la justicia al hecho de la resurrección? La energía construida por Jesús durante su vida era la energía de un ser plenamente hombre y plenamente Dios. Desde aquí podemos intuir qué clase de energía pudo ser la suya en el momento de su muerte y qué calidad de resurrección debió experimentar quien llegó a ser definido como "el que pasó por la tierra haciendo el bien...", porque Dios estaba con él..." (Hch 10,38). Tanto la resurrección de Jesús como la nuestra es obra del Dios Trino que nos inhabita, pues en su compañía construimos los amores que nos humanizan. Jesús lo dijo con gozo: "el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras" (Jn 14,10). El hecho de morir físicamente no puede destruir el acumulado de energía superior (práctica de la justicia,

del amor y de la ternura, entre otras) que ha conseguido la conciencia de quien muere. Esta energía, por lógica de vida, necesita seguir viviendo y requiere para ello un nuevo cuerpo. Este misterio, que es la verdadera resurrección, debe acaecer en el instante en que el cuerpo se convierte en cadáver y en que la conciencia, libre, se confronta con la conciencia o energía divina, que envuelve a toda la creación. Si la energía del que muere es semejante a la energía de la divinidad, ésta lo asume e incorpora a su vida la vida del que muere, dándole un nuevo cuerpo que sea capaz de crear relaciones en su nuevo estado de vida. Las ciencias discuten si la muerte acontece en un instante o es un proceso de pérdida de vitalidad, cuya señal es la descomposición de cada célula. Esto exige un tiempo, hasta que el cuerpo suelte la energía que tiene atrapada. Los evangelios, al referirse a Jesús, nos hablan de tres días no bien contados.

El papel de nuestro proceso evolutivo humano, por la práctica de la justicia, es preparar nuestro ser y tenerlo dispuesto al amor eterno. Pero una cosa es estar dispuesto al amor y otra disfrutar del amor. Esto último solo acontece porque Dios gratuitamente acepta el amor que hemos construido en vida, ya que resucitar -que es disfrutar del amor de Dios- solo acontece si Dios se deja amar. Por eso, nuestra resurrección incorporará siempre dos procesos: el humano que nos dispone a seguir amando y el divino que nos permite amar en plenitud.

La resurrección de Jesús solo es comprendida, cuando se llega a asimilar el valor de su vida, llena de compromisos con la justicia, el amor, la ternura... Cuando Jesús recrimina a sus discípulos su incredulidad, habla de su "dureza de corazón" (Mc 16,14). El corazón (la conciencia), como se dijo anteriormente, se endurece cuando uno se niega a comprender las razones del otro, porque no hay empatía con su proyecto. Es decir, la resurrección de Jesús se nos hace obvia, si conectamos con su práctica de justicia. De lo contrario, ninguna razón nos convencerá. Esto sucedió con sus enemigos y había peligro de que ocurriera con sus discípulos. En la medida en que éstos comprendieron que el proyecto de Jesús era reconciliarse unos con otros, compartir comunitariamente, practicar la justicia y afianzar la fraternidad, la resurrección de Jesús no necesitó pruebas. Las apariciones del Resucitado solo aparecen al principio, en el proceso del afianzamiento de la fraternidad y de lo comunitario, cuando Jesús deja físicamente solos a sus discípulos, en manos de sus propias decisiones.

No sobra reflexionar sobre el cuerpo muerto de Jesús

Concebimos a Jesús como el paradigma de humanización por su práctica de la justicia. Ésta es la que avala su resurrección,

pensada por unos desde el viejo cuerpo y por otros desde un cuerpo totalmente nuevo. Hay quienes piensan que el cadáver de Jesús pudo haberse deshecho como todo cuerpo mortal y seguramente con esto hacen confesión de la plena humanidad de Jesús. Pero también hay quienes piensan que su viejo cuerpo pudo haber sido transformado o asumido por la inmensa energía superior que tenía acumulada y con esto también se apoyan en algo que la ciencia admitiría frente al sudario de Jesús. Quienes estudian sus extrañas señales demuestran que el cuerpo de Jesús no salió del sudario, sino que se consumió dentro de él. Ciertamente una humanidad en evolución y una divinidad en acción, pueden producir una extraordinaria energía que explica suficientemente la desaparición del cuerpo terrenal y la necesidad de un nuevo cuerpo que tome las riendas del nuevo ser resucitado.

Volvamos a los relatos de resurrección de Jesús y a su contenido mítico

Pero hay algo más: Los relatos de la resurrección de Jesús pertenecen al lenguaje mítico, con el que tratamos de expresar lo que consideramos inexpresable e indecible. Por eso, detrás de todo relato mítico está nuestro inconsciente, con sus fantasías, sueños, visiones y apariciones. Los relatos de la resurrección están escritos bajo la nostalgia del Maestro ausente que pareciera haber dejado a la deriva a sus seguidores que buscaban recomponer sus conciencias. Por eso en todos los relatos son corregidos, enseñados, guiados. Insistimos en que todos ellos dejan solo *rastros* de lo que pudo haber sido la resurrección de Jesús: la tumba vacía, la sábana y el sudario, unos ángeles que hablan, Jesús que se aparece, el testimonio de unas mujeres y varias apariciones a diferentes clases de discípulos. Solo cuando entramos en el núcleo de cada relato nos damos cuenta de su inmenso contenido simbólico: la mujer marginada que debe ser incluida con sus temores, sus sustos y sus gozos (Mt 28,5ss y par.); la propia debilidad que debe ser aceptada, incluidos los dirigentes (Mc 16,11.13.14); los detalles amorosos compartidos por Jesús y María Magdalena, símbolo del desposorio entre lo humano y lo divino, que llega a su cumbre con la resurrección (Jn 20,1ss).

Resucitar es ser asimilado por Dios, para entrar en íntima relación con él y su creación. La resurrección no es pasividad.

La esencia de la resurrección, leída desde Dios, es el don de ofrecernos gratuitamente la posibilidad de relacionarnos con Él, desde la comprensión que de Él tengamos: padre, madre, amigo, hermano, compañero. Su amor nunca será paga por las buenas obras que hayamos realizado. La mejor de nuestras buenas obras no merecerá ni siquiera una

Resucitar: un proceso de humanización. Reflexiones desde la recta final de la existencia terrenal

sonrisa de Dios. Si Él nos sonrío o nos aprueba o nos acoge es sencillamente porque nos ama gratuitamente, porque su esencia es dar amor gratuito ininterrumpido. Su gratuidad no tiene paréntesis.

Dios es amor (1Jn 4,16) y el amor es también nuestro destino. Por eso pensar la eternidad (la resurrección) sin imaginarnos nuevas misiones de amor es interrumpir el proceso de amor ya inaugurado en vida. Jesús insinúa estas misiones cuando promete que al siervo fiel se le encomendarán nuevas misiones de amor (Lc 12,42-44) y que Dios se portará con nosotros como un amigo que es capaz, por amor, de lavarnos hasta los pies (Lc 12,37-38). Por eso creemos que resucitar es tener la posibilidad, por la gracia de Dios, de seguir humanizándonos.

Jesús dejó en los evangelios intuiciones frente a nuestra actividad en el más allá: recibiremos una herencia con la que seguiremos construyendo felicidad (Mt 25,34); no podemos trasladar al más allá las tendencias de la carne y la sangre (Mc 12,25); heredaremos vida eterna si lo dejamos todo por causa del Reino (Mc 10,30) o si perdemos la vida física por el Reino (Mc 8,35) o por el amor a los pobres (Mc 10,17ss). A todos se nos asegura una actividad que prolongará la práctica de la justicia *en la vida eterna*. Estas nuevas *misiones de amor* serán la gran sorpresa de nuestra eternidad.

Jesús mismo, resucitado, es pensado como un ser que prosigue su práctica de justicia: va a Galilea, se aparece a sus discípulas y discípulos, les sigue enseñando, los corrige, les muestra sus heridas, les demuestra cómo sube a los cielos, aparece y desaparece, sus discípulos lo sienten dentro de sí mismos y también lo perciben fuera. ¿Cómo explicar todo esto? Lo que ciertamente sabemos es que su ser sigue vivo, que no actúa con el cuerpo limitado (espacial y temporal) que tenía antes. Su cuerpo biológico ha sido asumido y transformado en una energía superior que le permite seguirse comunicando en una nueva dimensión. Esa nueva dimensión se activa cuando los seres que lo amaron activan también su memoria, su amor, sus deseos, sus remordimientos, sus luces y sus sombras. Es como si esa energía resucitada, que lo llena todo, estuviera dispuesta siempre a hablarnos, corregirnos u orientarnos, siempre que le ofrezcamos una posibilidad de ser percibida.

La resurrección de Jesús es un don universal y no solo para los cristianos

En este sentido, Jesús no es una realidad circunscrita solo a su tiempo. Su resurrección y la causa de la misma (su práctica de la justicia), siguen estando disponibles a todas las culturas que lleguen a entrar en contacto con Él. Jesús no es patrimonio solo de la religión cristiana;

con su resurrección desborda el hecho religioso y queda como ejemplo y oferta para todos los mortales. La religión cristiana puede sentirse heredera de su espíritu, pero no puede atraparlo. Un ser resucitado es un ser totalmente libre. En este sentido, Él será parte esencial de ese nuevo modo de vivir la religión que todos soñamos para el futuro: poder anunciar a Jesús sin los condicionamientos de la religión. Y la religión debería alegrarse cuando suceda esto, puesto que la práctica de la justicia no es un éxito exclusivo de determinada religión, sino un éxito de la humanidad. Jesús es una oferta universal.

Sugerencias para concluir

1. Es bueno reflexionar sobre la resurrección a partir de la realidad de *nuestra propia muerte*: nuestro cuerpo, a lo largo de la vida, va envejeciendo y muriendo lentamente; la lucidez de nuestra conciencia y todos sus grandes contenidos no sabemos dónde van a parar; sin embargo, todos tenemos la esperanza de que no se pierden; además, nuestro cuerpo termina o en un cementerio, o en un crematorio, o en la cripta de una iglesia o en el pequeño panteón familiar. A pesar de todos estos procesos, creemos que nuestro espíritu no puede terminar ni destruido, ni incinerado, ni perdido, ni inutilizado a ninguna tradición.
2. No podemos hablar de nuestra propia resurrección con certeza, pues ninguno de nosotros ha estado en el más allá y regresado. Del más allá no hay regreso posible. Sin embargo, bien se puede hablar de la resurrección, no a partir del más allá, sino a partir de lo que el más acá va construyendo en nosotros y que necesita respuesta. Por eso, la pregunta para hablar de la resurrección es esta: ¿Qué se hacen los procesos de humanización que con tanto esfuerzo vamos logrando, en esta vida, cada uno de nosotros?
3. Por otra parte, las ciencias que estudian *la energía humana* de forma cuántica nos van proporcionando luces para conocernos mejor: todas nuestras realidades visibles corporales pueden producir realidades energéticas -virtualidades- que son asumidas y conservadas por nuestra conciencia de tal manera que ese acumulado de buenas energías nos van predisponiendo para que, llegada la hora de nuestra muerte, la Divinidad nos dé -como don amoroso- un *cuerpo* adecuado para manejar dichas energías, cuando el Padre Celes-

tial las confronte con su propia energía divina y avale su contenido. El aval que les da el Padre es el de mantenerlas vivas y hacerlas crecer por toda la eternidad. Para ello recibirán un nuevo cuerpo que las pondrá en relación con otros seres. Esta es la consecuencia lógica del *diseño evolutivo* que Dios puso en marcha con la creación del universo y del ser humano como parte del mismo. En este sistema todas las energías evolucionan, se integran, se recrean y las energías inteligentes lideran procesos especiales. Hay energías inteligentes que se autoreconocen como tales y en esta categoría estamos todos los seres humanos. En nuestras manos, en cuanto energías inteligentes y dotadas de libertad y de conciencia, estará siempre nuestra propia suerte. Por eso podemos decir que en nuestras manos está nuestra propia eternidad.

4. Si nuestra resurrección es la lógica consecuencia del sistema evolutivo que Dios diseñó para el ser humano, ella comienza ya en esta vida. En la medida en que tengamos conciencia de esta realidad, valoraremos nuestra propia vida humana como una mediación de resurrección. Vamos resucitando cada día, para bien o para mal.
5. Cuando frente a la eternidad hablamos de que recibiremos un nuevo *cuerpo*, es obvio que no nos referimos a la clase de cuerpo que hemos dejado y que en el plan de la evolución quedará superado. Lo valioso de nuestro primer cuerpo es asumido por nuestra energía superior y recibiremos un *nuevo cuerpo*, que solo será conocido y reconocido a partir de nuestra muerte. Éste será el momento de nuestra resurrección. Y no lo dudemos: también él obedece al diseño inteligente de nuestro Creador.
6. Todas estas reflexiones humanas, desde nuestro horizonte de creaturas, nos sirven para intuir y valorar, una vez más, lo que pudo haber sido la resu-

resurrección de Jesús: el acontecimiento cósmico más grande imaginable, puesto que se trataba de la energía creada por un ser que era al mismo tiempo hombre perfecto y divinidad infinita. También Jesús debió recibir un nuevo cuerpo de acuerdo a la inmensa energía de amor que él, como humano, pudo haber creado. La Biblia nos dice que Jesús inhabita nuestro ser (In 14,20.23). Desde su resurrección debemos comprender su inhabitación en nuestras conciencias, como Dios y como hombre. Sentirnos inhabitados por Él, es el mejor fruto de su resurrección.

7. Quienes conocieron a Jesús lo introyectaron en su propio ser, de acuerdo a los esquemas simbólicos de cada cual. Por eso, cuando después de la resurrección lo siguen sintiendo vivo, encuentran que Jesús los llama, les habla, les enseña y hasta los corrige, de acuerdo al propio esquema mental que en ese momento poseen. Jesús, en sus apariciones, quedó proyectado en cada una de sus discípulas y discípulos de acuerdo al amor interior de cada uno. Nosotros y nosotras, después de más de dos mil años, podemos palpar de nuevo a Jesús Resucitado. Lo importante es que lo hagamos desde la realidad que más le gustaba: desde la justicia y el amor a los empobrecidos.
8. Posiblemente hemos hablado neciamente del hecho humano-divino más trascendental de la historia, la Resurrección. A esta necedad -que no es otra cosa que limitación humana- póngale cada uno su propia experiencia y sabiduría. Todos tenemos alguna experiencia de transformación que está conectada con la resurrección. Entre todos construiremos algo que nos llene de esperanza, para que reconozcamos la resurrección como utopía realizable y no como permanente tortura de algo que, estando en nuestra conciencia, termina siendo irrealizable, llevándonos a un fracaso más del ser humano, que muchos piensan está mal diseñado.

